

Las memorias nacionales: conflictos y límites

National Memories: Conflicts and Limitations

Francisco Erice Sebares
Universidad de Oviedo. España
ferice@uniovi.es

Abstract

This article examines the relevance of the concept of national memory and its limits, defending the convenience of using an idea of collective memory which includes nations, these understood as specific communities of memory. It also analyses some key mechanisms in the diffusion by the States of a narrative on the past that is linked to the construction of national identity and legitimation of politics in the present. This diffusion is regarded as in a usually conflictive interaction with memories of groups or smaller collectives, as well as with other national communities.

Key Words

Collective memory, communities of memory, national memory, teaching of history, commemorations, national identity.

Resumen

Este artículo se interroga sobre la pertinencia del concepto de memoria nacional y los límites de su aplicación, y defiende la utilidad de una noción de memoria colectiva extensible a las naciones entendidas como específicas comunidades de memoria. También analiza a algunos mecanismos claves en la difusión, desde los Estados, de un relato sobre el pasado ligado a la construcción de la identidad nacional y la legitimación de las políticas del presente. La difusión de la memoria nacional se entiende en interacción, generalmente conflictiva, con las memorias de grupos y entidades menores, o con las de otras comunidades nacionales.

Palabras clave

Memoria colectiva, comunidades de memoria, memoria nacional, enseñanza de la historia, conmemoraciones, identidad nacional.

Sobre el concepto de memoria colectiva

Cuando se abordan los problemas del estudio de la memoria, constituye casi un lugar común comenzar señalando que, en los últimos tiempos, el tema se ha convertido en un objeto de análisis multifacético, susceptible de variaciones, aproximaciones y combinaciones diversas: filosóficas, literarias, sociológicas, antropológicas, jurídicas y, por supuesto, también históricas. Dado que son éstas últimas a las que vamos a referirnos, incidiendo en el papel de la memoria en las dinámicas políticas, sociales y culturales y en los “usos del pasado” en el presente, es evidente que debemos situarnos de lleno en los debates en torno a la llamada *memoria colectiva*.

Sobre el tratamiento de las memorias colectivas por parte de los historiadores, podría apuntarse algo semejante a lo que Michel Vovelle planteaba a propósito de la historia de las mentalidades, con la que, por cierto, comparte antecedentes y origen común dentro de la escuela de Durkheim, y de la que en gran medida se deriva, a través de la historia de las representaciones colectivas. Decía concretamente el citado historiador francés que el estudio de las mentalidades operaba como una especialidad bulímica “llevada a anexarse sin complejos bloques enteros de la historia”.¹ Vovelle pretendía, de algún modo, alertar sobre los riesgos que ello suponía, advertencia sin duda extensible a la reciente historia de la memoria.

No hace muchos años, Wulf Kansteiner, experto en historia cultural e intelectual del siglo XX, planteaba algo similar en torno a los estudios sobre la memoria, que estarían generando, en su opinión, una especie de “reetiquetado a gran escala” de productos surgidos de procedencias diversas y agrupados anteriormente bajo otros nombres o denominaciones. El de memoria se estaría convirtiendo, de ese modo, en un rótulo que, en definitiva, posee connotaciones y resonancias que lo hacen particularmente atractivo. Pero su creciente popularidad no debería ser desdeñada como mero resultado del marketing o de eficaces estrategias comunicativas; también podría ser percibida en términos francamente positivos, en la medida en que “los estudios sobre la memoria colectiva han pasado a convertirse en un terreno de encuentro excepcionalmente fecundo entre diferentes concepciones de la sociedad y el cambio social”.²

De manera semejante, Elena Hernández Sandoica habla de “etiquetas” y estrategias comunicativas, recordando, acerca de la noción de memoria colectiva, que “la labilidad de su conceptualización es, para muchos críticos, decepcionante, aunque la vaguedad de sus aproximaciones no desmerezca su potencial empático, ni estorbe su capacidad de sugerencia”.³ Es bien sabido, en todo caso, que el gremio de los historiadores no se caracteriza, pese a las apariencias, por sus escrúpulos teóricos o sus

¹ Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades* (Barcelona: Ariel, 1993), 13. Sobre la ligazón de la historia de la memoria con la de las mentalidades, véase Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García, *Les courants historiques en France, 19^e-20^e siècle* (Paris: Armand Colin, 1999), 261-272. Algunas observaciones sobre el alcance de un concepto de mentalidad que incluye los “usos del pasado”, en Philippe Poirrier, *Les enjeux de l'histoire culturelle* (Paris: Seuil, 2004), 45-73.

² Wulf Kansteiner, “Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva”, *Pasajes*, 24 (2007): 32 y 39-43.

³ Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy* (Madrid: Akal, 2004), 526-528.

purismos epistemológicos a la hora de jugar con nuevos conceptos, sino que más bien suele optar por seguir el viejo lema napoleónico, que Lenin solía citar, “on s’engage et puis...on voit”. Al fin y al cabo, la proliferación de trabajos encuadrados bajo rótulos de límites imprecisos tiene seguramente algunas ventajas, en la medida en que nos estimula a adentrarnos en nuevos objetos de investigación obviando las prevenciones excesivas y paralizadoras; aunque también acarree los inconvenientes de la confusión y la indefinición conceptual.

Indudablemente este campo historiográfico, si es que así puede definirse, ha alcanzado suficiente desarrollo como para ofrecernos reflexiones acerca de sus propios fundamentos y permitirnos precisar los dilemas y disyuntivas teórico-metodológicas que suscita. Sabemos ya que si nos adentramos en el estudio de la memoria *supraindividual* (colectiva, social, nacional, pública, histórica, etc.), no podemos por menos de fijar posiciones acerca de la pertinencia misma de nuestro objeto de análisis; cuestión ésta que en modo alguno cabe considerar zanjada. No obstante, como no se trata ahora de abordar el debate – que nos llevaría muy lejos – sobre si la memoria es de manera inequívoca, como producto de la mente, una facultad estrictamente individual, damos por supuesto sin mayores argumentos – aceptando los que hemos planteado en otros lugares – que existe algo que puede legítimamente calificarse de memoria colectiva.⁴ En definitiva, el prurito nominalista que lo niega podría aplicarse asimismo, con motivos tan sólidos como los referentes a la memoria, a otros fenómenos tales como la “conciencia colectiva”, la “mentalidad colectiva” o incluso la “acción colectiva”, que también se asientan de algún modo sobre impulsos individuales, musculares o psíquicos; lo cual, llevado al límite, debería incluso abocarnos a negar la eficacia de los nexos sociales o al cuestionamiento mismo de las virtualidades de la interacción social. Bien es cierto que, como noción, la de memoria colectiva – según apunta Joël Candau – puede ser “tan difusa como todas las retóricas comunitarias, tan ambigua como todas las concepciones holísticas de la cultura, de las representaciones, de los comportamientos y de las actitudes”.⁵ Por eso conviene evitar, en su uso, algunos riesgos fundamentales, y plantear ciertas cautelas básicas.

La primera de estas prevenciones necesarias radica en que, indudablemente, los colectivos humanos no “recuerdan” como los individuos, con sus correspondientes experiencias vitales, conexiones neuronales, etc. Esta constatación, en el fondo pura obviedad, implica rechazar cualquier tipo de metáfora que describa a la sociedad o a sus grupos integrantes en términos antropomórficos, o les atribuya funciones mnemónicas equivalentes o similares a las del individuo, como ya enfatizara Marc Bloch a propósito del libro de Halbwachs sobre los marcos sociales de la memoria.⁶

⁴ Sobre la polémica en torno a la pertinencia de una conceptualización y análisis de la memoria como realidad *supraindividual*, me remito a lo ya dicho en Francisco Erice, *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva* (Oviedo: Eikasía, 2009), 84-90. Por citar una referencia crítica adicional sobre esta postura que no se mencionaba en aquel trabajo, Koselleck rechaza el carácter colectivo de la memoria por carecer de un sujeto específico; la memoria formaría parte de lo que denomina experiencias primarias, que serían, por su naturaleza, individuales e intransferibles; sin embargo Koselleck tiene en cuenta el “recuerdo institucionalizado” o la “monumentalización” del mismo, lo cual es otra manera de aceptar lo que se denomina memoria colectiva. Véase Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011), 19-63.

⁵ Joël Candau, *Antropología de la memoria* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2006), 61.

⁶ Marc Bloch, *Historia e historiadores* (Madrid: Akal, 1999), 223-232.

La segunda observación imprescindible es que la memoria colectiva no es – no puede ser – una simple adición de memorias individuales, que por su singularidad – aunque se construyan socialmente – no resultan acumulables. Tampoco se trata del mínimo común denominador de las mismas, o sea de la rememoración de las experiencias primarias compartidas. Realmente, nos enfrentamos a un fenómeno de otra naturaleza, si no del todo ajeno a las memorias individuales, al menos claramente diferenciado de ellas.

La tercera consideración que procede subrayar es que, por el contrario, las memorias colectivas constituyen relatos o representaciones del pasado elaborados desde el presente, que seleccionan e interpretan de dicho pasado elementos significativos para el grupo de referencia al que se dirigen (sus intereses, su identidad), y los muestran como experiencias y recuerdos compartidos, normalmente por generaciones sucesivas de integrantes del grupo correspondiente. La memoria colectiva es “pasado presente” (Rousso), y tiene que ver con “las vías por las cuales la gente construye un sentido del pasado” (Confino).⁷

El proceso de construcción de las memorias colectivas es dialógico, pero no en el orden meramente lingüístico y discursivo, sino inserto en la dialéctica material de las interrelaciones y las confrontaciones, abierto y en continuo proceso de cambios. Lo que se modifica, obviamente, no es el pasado, en sí mismo ya inexistente, sino las percepciones y narraciones acerca del mismo. Es bien conocido, en ese sentido, un chiste o chascarrillo de la época soviética cuyo alcance resulta genéricamente válido, *mutatis mutandis*, para cualquier tipo de sociedades contemporáneas: un oyente consulta a la radio sobre si se puede pronosticar el futuro; la respuesta de los locutores es que el porvenir resulta perfectamente predecible, pero el problema es el pasado, que cambia constantemente.

Memoria y comunidad nacional

En conclusión, la reapropiación del pasado se nos presenta plagada de cambios y modulaciones, pero – como veremos – también de enfrentamientos, batallas y conflictos, incluso violentos. Según Arno Mayer, antaño se mataba por la patria y ahora se hace lo mismo por la memoria; aunque sería más exacto decir que se hace por la memoria de la patria.⁸ No en vano la memoria sirve para reivindicar espacios y derechos históricos, aunque se basen en títulos tan dudosos cuales son los contenidos en libros religiosos y de narraciones míticas; como por ejemplo cuando el dirigente laborista israelí Shimon Perès defendía los “derechos históricos” de los judíos a la tierra de Israel asegurando que “la Biblia es el documento decisivo a la hora de determinar el destino de nuestra tierra”. Sería un error identificar estos conflictos con meros choques discursivos o efectos del poder social de la retórica, confundiendo la forma con el fondo y las causas con las herramientas utilizadas. Cuando israelíes y palestinos discrepan sobre el “relato histórico” de lo sucedido en 1948 no están manteniendo, obviamente, una discusión erudita o profesoral, sino que están polemizando sobre temas tan actuales como la legitimidad del Estado de Israel o el “derecho de retorno” de los árabes

⁷ Henry Rousso, *La hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit* (Paris: Textuel, 1998), 16-18. Alon Confino, “Collective Memory and Cultural History: Problems of Method”, *American Historical Review*, 102, 5 (1997): 1386.

⁸ Citado en Nicola Gallerano, “Historia y uso público de la historia”, *Pasajes*, 24 (2007): 96-97.

expulsados (o sobre si realmente lo fueron), condicionantes esenciales en la solución del enquistado conflicto.⁹ Las divergencias en la interpretación de la historia son ingrediente habitual, por citar otro caso, en las divergencias y confrontaciones del área postsoviética. A modo de ejemplo, uno de los signos externos más evidentes de las diferencias entre filo-occidentales y filo-rusos de la crisis de Ucrania se manifestó recientemente en las actitudes ante la celebración del 9 de mayo (día de la victoria contra el fascismo) en uno y otro bando, y en el desdén de los primeros hacia la memoria antifascista reivindicada por los segundos.¹⁰

Desde los orígenes mismos del concepto de memoria colectiva, parece predominar la idea de que ésta tiende a encarnarse en los “grupos intermedios” o de dimensiones menores y, sobre todo, los que generan lazos cálidos en las relaciones interindividuales (familias, pequeñas comunidades, colectivos de extensión limitada, grupos étnico-religiosos, etc.). Seguramente ello se debe al deseo de no desvincular del todo memoria colectiva y recuerdos personales, así como de atenerse sobre todo a los marcos de socialización primaria e inmediata de las memorias individuales. Cabe recordar que Halbwachs, en su estudio pionero, analizaba, a este respecto, el papel de familia, comunidad religiosa y clase social.¹¹ O que, en sus reflexiones póstumamente publicadas como *La mémoire collective*, el sociólogo francés hablaba de “comunidades afectivas” y, al referirse a grupos que generan sus representaciones en las que “se inmovilice el tiempo pasado”, aludía a sociedades religiosas, políticas, económicas, familias, grupos de amigos e incluso reuniones efímeras.¹² Esta relación con agrupamientos de extensión limitada y tendiendo puentes hacia los recuerdos individuales se rompe en gran medida con conceptos como el de memoria cultural de Jan Assmann, que implica un uso altamente metafórico –tal vez excesivo- de la noción de memoria.¹³ En todo caso, sólo si se separan, de una u otra forma, memoria colectiva y evocaciones personales, es posible pensar en agrupamientos más amplios como depositarios de la misma.

La imagen básica que predomina, por lo tanto, al hablar de los soportes sociales de la memoria es la de una *comunidad* en el sentido clásico, en la medida en que implica relaciones estrechas y afectivas que envuelven y moldean las experiencias individuales. Robert Bellah y otros sociólogos norteamericanos, a propósito de los “hábitos del corazón” de los que hablara Tocqueville, se han referido a las diversas “comunidades de memoria”, que comparten pasado, glorias y sufrimientos, una narrativa constituida, héroes y antepasados ejemplares; que desarrollan ceremonias y rituales de

⁹ El entonces ministro español de Asuntos Exteriores Miguel Ángel Moratinos ha dejado un relato de las conversaciones israelo-palestinas de Taba (2001) en el que insiste en las discrepancias iniciales sobre el “relato histórico” como el principal factor de disenso. Véase Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 334-335 y 328.

¹⁰ La tradición de los desfiles militares en la capital ucraniana con motivo del 9 de abril ya había sido suspendida desde la llamada revolución naranja de 2004. En 2014, la ausencia de actos conmemorativos en Kiev contrastaba con la solemne parada militar en Sebastopol (Crimea), a la que asistió incluso el presidente ruso Putin.

¹¹ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* (Barcelona: Anthropos, 2004).

¹² Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004), 3-36 y 128-129.

¹³ Jan Assmann, *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grande civiltà antiche* (Turín: Einaudi, 1997).

reconocimiento e identificación. Resulta significativo que, dentro de ellas, además de las más reducidas (étnicas, religiosas, etc.), incluyan a la “nacional”.¹⁴

No podemos olvidar, en ese orden de cosas, que las naciones son *comunidades imaginadas* que, como apunta Anderson, convierten el azar en destino; lo cual permite la construcción de relatos históricos cargados de “sentido”.¹⁵ Es bien conocida la trascendencia de los vínculos con el pasado para las naciones; hasta Renan, que las definió como teóricos “plebiscitos cotidianos”, sabía que este tipo de *comunidades* no se tejen y destejen permanentemente a voluntad, sino que están fundamentadas sobre el peso acumulado del pasado, y que mentir u ocultar la propia historia –como él dijo– formaba parte de la *esencia* de las naciones.¹⁶ Todos los elementos de la identidad nacional se refieren a un origen o un pasado común o, mejor, a “la conciencia histórica de un pasado compartido”, un destino colectivo “memorizado, transmitido de generación en generación, por la familia, las canciones, las leyendas, los libros, las escuelas...”, y “convertido en historia, en reificación del destino compartido, en mito”.¹⁷

Los Estados, fabricantes de memoria. La enseñanza de la Historia

La importancia de la *memoria nacional* aparece particularmente acentuada si, frente a las tesis *primordialistas* que remiten el origen de las naciones a la noche de los tiempos, evocamos la función esencial de los Estados en la forja de las identidades nacionales; dicho con las conocidas palabras de Hobsbawm, “las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre el revés”.¹⁸ Los Estados son, como es sabido, los principales sujetos en lo que a construcción social de memoria se refiere; tal como apunta Elisabeth Jelin, siempre ejecutan políticas de memoria, implícita o explícitamente, por acción o por omisión, procediendo como agentes poderosos que jerarquizan unas voces y silencian otras.¹⁹ Rousso se ha referido a los *vectores del recuerdo* (“todo lo que propone una reconstrucción voluntaria del acontecimiento con fines sociales”), distinguiendo cuatro tipos: “oficiales” (conmemoraciones, monumentos, celebraciones), asociativos (por ejemplo, grupos de deportados o ex-combatientes), culturales (literatura, cine, televisión) y eruditos (como los libros de Historia). El Estado controla la mayoría de los primeros, pero influye de uno u otro modo en muchos de los restantes.²⁰

En definitiva, en la memoria nacional o la “memoria histórica viva de los contemporáneos”, no sólo intervienen – o no lo hacen decisivamente – las publicaciones

¹⁴ Robert N. Bellah y otros, *Hábitos del corazón* (Madrid: Alianza, 1989), 203-206.

¹⁵ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: F.C.E., 1997), 17-30.

¹⁶ Ernest Renan, *¿Qué es una nación?* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1957), 83.

¹⁷ Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* (Oviedo: Nobel, 1999), 113-128.

¹⁸ E. J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780* (Barcelona: Crítica, 1991), 18. Observaciones interesantes sobre el tema en Anne Marie Thiesse, *La creación de las identidades nacionales. Europa: siglos XVIII-XX* (Madrid: Ézaro, 2010).

¹⁹ Elisabeth Jelin, “¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias”, en *El Estado y la memoria. Gobierno y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, ed. Ricard Vinyes (Barcelona: RBA, 2009), 120.

²⁰ Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy de 194 à nos jours* (Paris: Seuil, 1990), 251-253.

científicas, sino también “las jornadas conmemorativas, los peregrinajes, los discursos, las estatuas y los monumentos nacionales”, así como las fiestas, museos, cantares y poesías, etc. Todo ello contribuye a la elaboración de mitos históricos, elementos simbólicos de la memoria nacional.²¹

Entre los instrumentos de socialización política de los ciudadanos en orden a la elaboración de una imagen compartida del pasado, destaca, ya desde el siglo XIX, el sistema educativo, y concretamente la enseñanza de la Historia. La escuela ha sido – en palabras de Giovanni Levi – “el lugar por excelencia de vulgarización del conocimiento histórico”, un ámbito donde la educación de los jóvenes se realiza “a través de la transmisión de modelos identitarios configurados por los acontecimientos históricos que han constituido las naciones”.²²

La enseñanza escolar nunca ha constituido, ciertamente, el único medio de transmitir una visión canónica del pasado desde el poder estatal. Ni siquiera ha estado exenta de contradicciones en sí misma, por los cambios políticos y la eventual presencia en el sistema educativo de actores diversos, aparte del Estado (por ejemplo, confesiones religiosas u otros sectores de la “sociedad civil”); sin olvidar la tensión permanente, en los contenidos que se transmiten, entre la renovación historiográfica y la racionalidad crítica, por un lado, y el mantenimiento de modelos narrativos e identitarios tradicionales, por otro. Aun así, el enconamiento de las batallas que han recorrido y recorren el mundo por el control de los textos escolares muestra la importancia que siguen conservando para la construcción de memorias sociales.²³ Los conflictos históricos y recientes en nuestro país resultan bien ilustrativos, por cuanto no solamente se han centrado en el choque de identidades (la nacional-estatal española y las sub-estatales periféricas) en la interpretación difundida del pasado, sino también en concepciones contrapuestas de la historia por razones ideológicas (la concepción liberal contra la católico-conservadora, visiones actuales “políticamente correctas” frente a las “críticas”, etc.).²⁴

A la vez, los enfrentamientos por la enseñanza de la Historia pueden revestir una trascendencia especial o generar reacciones virulentas cuando afectan a cuestiones medulares de la política del presente, por ejemplo en la medida en que se insertan en las confrontaciones entre nacionalismos antagónicos. A modo de ejemplo, en Israel, como

²¹ Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale. Une brève histoire de l'idée allemande de Bildung* (Paris: Maison des Sciences de l'Homme, 1994), 46.

²² Giovanni Levi, “Le passé lointain. Sur l'usage politique de l'histoire”, en *Les usages politiques du passé*, ed. François Herzog y Jacques Revel (Paris: Éditions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001), 30.

²³ Consideraciones generales y casos concretos, en Marc Ferro, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero* (México: F.C.E., 2007); o en Mario Carretero, *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global* (Buenos Aires: Paidós, 2007). Conflictos, sobre todo latinoamericanos, por la transmisión del pasado en la escuela, en Mario Carretero, Alberto Rosa y María Fernández González (comps.), *Enseñanza de la historia y memoria colectiva* (Buenos Aires: Paidós, 2006).

²⁴ Entre las muchas referencias bibliográficas sobre estos extremos, pueden citarse Carolyn P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975* (Barcelona: Pomares-Corredor, 2000); Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España* (Madrid: Marcial Pons, 2004); Juan Sisinio Pérez Garzón y otros, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder* (Barcelona: Crítica, 2000); Ángel Luis Abós Santabárbara, *La historia que nos enseñaron (1937-1975)* (Madrid: Foca, 2004); Enrique Javier Díez Gutiérrez (dir.), *La memoria histórica en los libros de texto escolares* (León: Foro por la Memoria de León, 2012).

señala el historiador Ilan Pappé, la visión oficial y consagrada del pasado que niega la existencia de los palestinos como pueblo para cimentar la edificación de la identidad puramente judía del país, se manifiesta “en los cuentos que los niños escuchan el día de la Independencia o en Pascua”, en los libros de texto de las escuelas primarias o secundarias, en los mensajes de los medios de comunicación, etc. Los logros de la denominada historiografía *revisionista* desmontando algunos de los mitos históricos sionistas permitieron reducir parcialmente la carga ideológica de los manuales escolares, sobre todo en la década de los noventa del pasado siglo; pero el fracaso de los Acuerdos de Oslo y el enquistamiento del conflicto ha provocado un ulterior reforzamiento identitario, suprimiendo dentro del sistema educativo – como de nuevo recuerda Pappé – “cualquier libro de texto que sea incluso sólo ligeramente sospechoso de estar influido por la investigación postsionista”.²⁵

Otro ejemplo significativo, que enfrenta en este caso a dos Estados-nación, es el tratamiento dado por manuales escolares japoneses a la invasión de China en la década de 1930 y a alguno de sus episodios más significativos, como las matanzas de Nanking. Las directrices del Ministerio de Educación japonés orientando incluso el uso del lenguaje en los manuales (por ejemplo, sustituyendo “agresión” por “avance”) llegaron a provocar indignadas protestas diplomáticas e incluso movilizaciones de rechazo alentadas por un nacionalismo chino revalorizado como elemento de legitimación en la etapa postmaoísta.²⁶

Los libros escolares tienden a reflejar al menos una imagen reconfortante del propio pasado nacional, en la medida en que, como afirma Ricard Vinyes, “el Estado tiene una sola memoria, la ‘buena memoria’”.²⁷ En Estados Unidos – en palabras de Sophie Bessis – los niños “se empapan de la epopeya pionera, juegan a los cowboys buenos y a los indios malos y de la esclavitud sólo conocen el episodio de su abolición”. La incertidumbre sobre el futuro puede conducir a una verdadera parálisis sobre qué actitud adoptar ante el pasado en el campo de la enseñanza; por eso en la convulsa URSS de 1988 hubieron de suspenderse exámenes de fin de año por falta de manuales creíbles. Pero cuando el Estado es fuerte y se reafirma en su vieja mitología nacional, el sistema educativo tiende a acusarlo; de ese modo, uno de los artículos de la polémica ley francesa de 23 de febrero de 2005 reivindicando la obra “civilizadora” en África establecía que los programas escolares debían reconocer “el papel positivo de la presencia francesa en ultramar, especialmente en África del Norte”, otorgando “a la historia y a los sacrificios de los combatientes del ejército francés salidos de esos territorios el lugar eminente al que tienen derecho”.²⁸

²⁵ Ilan Pappé, “Una aproximación al conflicto palestino-israelí: medio siglo de enfrentamientos”, en *Informe sobre el conflicto de Palestina. De los acuerdos de Oslo a la Hoja de ruta*, ed. Ignacio Álvarez-Ossorio (Madrid: Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, 2003), 33-34. Ilan Pappé, *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos* (Madrid: Akal, 2007), 389-391. Elie Podeh, “History and Memory in the Israeli Educational System. The Portrayal of the Arab-Israeli Conflict in History Textbooks (1948-2000)”, *History and Memory*, 12, 1 (2000): 65-100.

²⁶ Véase Mario Carretero, *Documentos de identidad*, 193-199. Yinan He, “Remembering and Forgetting the War. Elite Mithmaking, Mass Reaction, and Sino-Japanese Relations”, *History and Memory*, 19, 2 (2007): 43-74.

²⁷ Ricard Vinyes, “La memoria del Estado”, en *El Estado y la memoria*, 25.

²⁸ Sophie Bessis, *Occidente y los otros. Historia de una supremacía* (Madrid: Alianza, 2002), 62-65. Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 230 y 282-283.

En la transmisión de la Historia nacional o la imagen identitaria del pasado, casi siempre cumplen una función relevante los personajes ejemplares. Tal como señala Bellah, los ideales de una comunidad de memoria “son ejemplificados en los hombres y mujeres destacados” que han pertenecido o pertenecen a ella, héroes o heroínas, “santos y mártires que definen su identidad”. Hay que tener en cuenta además la dificultad de explicar a los niños o un auditorio poco formado los procesos históricos basados en determinaciones y fuerzas impersonales. Aunque también pudiera influir la falta de credibilidad de los relatos transmitidos y quienes los difundían, ésta parece ser una razón que nos permita comprender por qué, según una encuesta realizada en Rusia a comienzos de la década de 1990, a despecho de una enseñanza basada en los elementos estructurales y en la evolución progresiva de las formas sociales, la mayoría de los entrevistados resaltaban el papel en la Revolución de los agentes individuales y los factores intencionales.²⁹

No debe extrañar, pues, que la incorporación de criterios racionalizadores y modernizadores en los contenidos de la enseñanza, sustituyendo total o parcialmente el papel de los individuos notables por el de los colectivos sociales, o introduciendo elementos como la multiculturalidad frente al monolitismo de la imagen nacional-identitaria, pueda provocar reacciones ideológicamente tan diversas como las de Estados Unidos o México en la década de 1990. En el primero de estos países, fueron los conservadores republicanos quienes acusaron de antipatriotas a los que defendían una reforma de la enseñanza sobre la base de esos parámetros modernizadores, que minimizaba, a su juicio, el papel de los grandes hombres (como Washington), se explayaba demasiado en fenómenos incómodos (como el racismo o el maccarthismo) o se detenía excesivamente en culturas minoritarias y extranjeras. En México, la respuesta vino de cierto nacionalismo anti-imperialista, ante la propuesta de erradicar de los textos el episodio mítico de los “niños héroes” que en 1847 habían resistido a los norteamericanos, y que, a juicio de los replicantes, simbolizaban la resistencia de un pueblo pequeño y digno contra uno grande y poderoso.³⁰

Conmemorar, monumentalizar, musealizar

Admitamos, pues, que el Estado, sin ser el único, constituye sin duda el principal actor en las políticas conmemorativas (con-memorar es recordar juntos, como es sabido) de las sociedades contemporáneas. Las fiestas nacionales son, en ese sentido, un referente básico, en cuanto que evocan acontecimientos *fundacionales* y además introducen particulares sesgos ideológicos. Los conflictos por esas “grandes fechas” que, como decía Víctor Hugo, “evocan las grandes memorias”, reflejan generalmente los problemas propios de la construcción de la identidad nacional. El 14 de julio, con todos sus avatares, se ha convertido en “patrimonio nacional” trascendiendo las diferencias políticas entre los franceses, lo cual viene a demostrar la potencia de la identidad nacional-estatal en este país.³¹ Por el contrario, en España el 2 de mayo no logró superar las resistencias conservadoras por tratarse de una fecha demasiado liberal

²⁹ Robert Bellah y otros, *Hábitos del corazón*, 204. James W. Wertsch y Mark Rozin, “La Revolución Rusa: versiones oficiales y no oficiales”, en *Aprender y pensar la historia*, ed. M. Carretero y J. F. Voss (Buenos Aires: Paidós, 2004), 121-150.

³⁰ Mario Carretero, *Documentos de identidad*, 109-138.

³¹ Christian Amalvi, “Le 14 Juillet. Du *Dies irae* à *Jour de fête*”, en *Les Lieux de Mémoire*, dir. Pierre Nora (Paris: Gallimard, 1997), vol. 1, 383-423.

y “popular”, mientras que el 12 de octubre (Día de la Raza) terminó prevaleciendo, con sus connotaciones religiosas y americanistas.³²

Las conmemoraciones de fechas de resonancia nacional, como cualesquiera otras, están sometidas a combates por la significación del pasado, ligados a su vez a los desacuerdos ideológicos del presente. En esos casos, la memoria nacional se vincula a otros fenómenos político-ideológicos, como sucede en Italia con el conflicto, desde los años finales del siglo XX, entre la amenazada memoria antifascista y el pujante *anti-antifascismo*. Tras al final de la guerra, se estableció como gran celebración nacional el 25 de abril, día en el que el Comité de Liberación Nacional impartió la orden de la insurrección final. Se planteaba ese día como “la fiesta fundadora del nuevo Estado”, basado por tanto en el antifascismo, y con voluntad de conseguir un grado de aceptación similar al 14 de Julio francés, que se tomaba como referencia. Tras su llegada al gobierno, Berlusconi manifestó pronto su preferencia por el 18 de abril de 1948 (victoria electoral de la Democracia Cristiana contra la coalición de izquierdas), situando por tanto – tal es su lectura histórica – la base fundacional de la nueva República no en el antifascismo sino en el anticomunismo. En 2005, el Parlamento italiano aprobó sustituir el ya citado 25 de abril por el 9 de noviembre (bautizado como Día de la Libertad, evocando la caída del Muro de Berlín), desplazando curiosamente una fecha nacional por otra internacional, a la vez que se sustituía una celebración de significación antifascista por otra anticomunista (o “antitotalitaria”).³³

Los Estados son también los principales –no los únicos– proveedores de monumentos y entornos monumentales, que en cierto modo pretenden ser, como señalaba Aleida Assmann, “lecciones de historia grabadas en las piedras”. Creando espacios comunes, propagan – señala Young – “la ilusión de una memoria común”. La fiebre monumentalista, que cubrió plazas, parques y calles de las ciudades, alcanzó probablemente su apogeo en el siglo XIX cuando éstos, según Assmann, realizaban lo que luego harán los *medias* en el siglo XX, “la puesta en escena del pasado”.³⁴ Los monumentos y espacios monumentales patrióticos tienen, pues, una larga historia, con plasmaciones muy variadas. G. L. Mosse ha analizado su papel en Alemania en el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX como instrumentos de nacionalización de las masas, “arquitectura parlante” que contribuye a la creación de la “religión secular de la nación”.³⁵ En Francia fueron enormemente populares los dedicados a los muertos en la contienda franco-alemana de 1870-71 y sobre todo a los de la Gran Guerra, con un poder evocador que residía, entre otras cosas, además del elevado número de víctimas ocasionado por la contienda, en su ubicación en el centro de cada pueblo y la inclusión de la lista nominal de fallecidos de la localidad.³⁶ Algunos memoriales llegan a

³² Christian Demange, *El Dos de Mayo, Mito y fiesta nacional (1808-1958)* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004). Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación* (Madrid: Taurus, 1999), 313-329. Isidro Sepúlveda Muñoz, “La nación soñada: los proyectos nacionalistas españoles y la crisis finisecular”, en *En torno al 98. España en el tránsito del siglo XIX al XX*, ed. Rafael Sánchez Mantero (Huelva: Universidad de Huelva, 2000), vol. 2, 359-373.

³³ Patrizia Dogliani, “La memoria pública de la Segunda Guerra mundial en Europa”, en *El estado y la memoria*, 178-181. Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 216-219.

³⁴ Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale*, 45-46. James A. Young, “Écrire le monument: site, mémoire, critique”, *Annales ESC*, 3 (1993): 733-743. Como es sabido, *monumentum* es literalmente, en latín, “hacer recordar”.

³⁵ George L. Mosse, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich* (Madrid: Marcial Pons, 2005).

³⁶ Antoine Prost, “Les monuments aux morts. Culte républicain? Culte civique? Culte patriotique?”, en *Les Lieux de Mémoire*, vol. 1, 199-223. Sobre monumentos a los muertos de la Gran Guerra en general,

configurar series o generar arquetipos, como los dedicados a los caídos en la Gran Guerra; o como las estatuas de Lenin en la antigua URSS, con variaciones sobre una figura que va cambiando a lo largo del tiempo su significación primordial, testimoniando así inflexiones en la memoria propugnada desde el poder (el guía revolucionario, el pensador, el vigía o el buen padre).³⁷

A menudo se ha relativizado el alcance mnemónico de los monumentos, y más en etapas recientes donde la transmisión de imágenes del pasado o la escenificación de la antigüedad y el carácter venerable de la nación cuentan con mecanismos más poderosos. Decía el escritor austríaco Robert Musil que “nada hay en el mundo más invisible que un monumento”. Sus limitaciones en la generación de memoria se derivan en primer lugar de su carácter “concluido” o su estatismo (“simples piedras en el paisaje, los monumentos no tiene gran valor en su mismos”, apunta Young), que hace que – en palabras de Koselleck – todo monumento erigido “lleva consigo el riesgo de la petrificación”. Hay que tener en cuenta la pérdida, con el paso del tiempo, de las referencias contextuales que motivaron su creación. Su eficacia comunicativa, por tanto, depende de otros factores, como la carga de sentidos nuevos para las generaciones sucesivas; “los monumentos que sobreviven a la primera motivación de su erección – añade Koselleck – pueden ser elevados a una comunidad de tradiciones, pero también se modifica poco a poco su capacidad afirmativa”. También debe considerarse, para una valoración cabal de su incidencia, la importancia que tiene en sí misma la inauguración (o, en otro sentido, su derribo ritual en momentos de cambio político), o las ceremonias y actos “litúrgicos” que se desarrollan en su entorno: izados de bandera en actos memoriales dedicados a los caídos, manifestaciones o desfiles cívicos que concluyen junto a ellos, etc. Sólo “en la medida en que forman parte de los ritos de una nación o son objeto de peregrinajes nacionales, se hacen cargo del alma y la memoria nacionales”.³⁸

Probablemente la edad dorada de los monumentos públicos haya pasado, pero ¿cabe, en todo caso, negar tanto la significación patriótica intencional como el impacto público de espacios de recuerdo recientes –o relativamente recientes– como el dedicado a los norteamericanos muertos en Vietnam en 1981 o el levantado en París a los soldados muertos en Argelia, Marruecos y Túnez en 2002? Del memorial norteamericano, adobado con la consabida lista de muertos sobre granito negro, se ha resaltado la presencia, junto a la expresión patriótica, de los elementos iconográficos que exaltan, por interés de los ex-combatientes, los valores de camaradería y de duelo.³⁹ La significación del monumento parisino hay que encuadrarla en la ofensiva por reivindicar la herencia colonial francesa: inaugurado por el presidente Chirac en diciembre de 2002, incluye, en soporte electrónico, la lista de 23.000 caídos, entre ellos 3.000 harkis (combatientes argelinos al servicio de Francia), y precedió de manera casi inmediata al proyecto de ley presentado en marzo de 2003 defendiendo la “obra positiva” de Francia en Argelia.⁴⁰

véase Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), 78-116.

³⁷ Alain Brossat, “URSS. El culto a Lenin: el mausoleo y las estatuas”, en *En el Este, la memoria recuperada* (Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1992), 169-198.

³⁸ James A. Young, “Ecrire le monument”, 732-733 y 741. Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale*, 51. Reinhardt Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte*, 100.

³⁹ John Bodnar, *Remaking America. Public Memory, Commemoration and Patriotism in the Twentieth Century* (Princeton: Princeton University Press, 1994), 3-20 y 245-253.

⁴⁰ Mohammed Harbi y Benjamin Stora, *La guerre d'Algérie* (Paris: Hachette, 2004), 739-742.

En el caso de los museos, “memoria selectiva del mundo” en expresión de Namer, la función mnemónica se ejerce a través de una narración o relato subyacente, construido (Pomian) mediante “la organización de un recorrido a lo largo del cual hablan al mismo tiempo objetos y textos”.⁴¹ Los museos han cumplido un papel patriótico evidente, por ejemplo, en los regímenes liberales decimonónicos o en los sistemas fascistas del siglo XX.⁴² A veces acumulan sustratos o relecturas de la memoria, como el Museo Nacional de Bucarest, creado en 1864 con la consabida orientación nacionalista, pero reorganizado durante el período del “socialismo real”, con una narrativa que mantenía la idea de la continuidad del pueblo rumano a lo largo de la historia subrayando a la vez su culminación bajo el *Conducator* (Ceaucescu).⁴³ La “memoria nacional” con frecuencia se condensa con especial densidad en algunos de estos espacios museísticos, que pueden incluso cultivar el ambiente de culto cuasi-religioso, como el de Nanking dedicado a los “mártires” de la ocupación japonesa en esta ciudad, que requiere al visitante que respete esta atmósfera solemne y le interpela de esta manera: “no olvidemos nunca la humillación nacional”.⁴⁴ O el Museo del Holocausto del Monte de la Memoria (Yad Vashem), que tras un intenso y emotivo recorrido concluye abriendo, física y simbólicamente, sus ventanas sobre Jerusalén, la patria, al fin, recuperada del pueblo judío.⁴⁵

Memoria y “buena conciencia” nacional

La memoria nacional, una de las modalidades posibles de las memorias supraindividuales, emana (Robin) de un espacio-tiempo monumental, “público y épico”; se identifica con la memoria *oficial*, con sus ceremonias conmemorativas, monumentos, himnos, etc. No es la única narración memorial que influye en el individuo, que mezcla en sus representaciones del pasado “las imágenes de fuerza de la memoria nacional” con elementos de otras procedencias: relatos familiares, saber vulgarizado de los historiadores, mensajes de los medios de comunicación, cine o literatura...⁴⁶

La idea misma de memoria nacional es, como señala Nora, un fenómeno reciente. Antes se hablaba de *memorias* de grupos y de *historia* nacional; una historia mitologizada, unitaria, de fines sacralizadores y netamente identitaria.⁴⁷ La “dimensión nacional”, según Rousso, debe ser analizada “conjuntamente con las diversas formas de gestionar el recuerdo articuladas por otras entidades al margen de los Estados, como grupos políticos y sociales, colectividades territoriales e incluso individuos aislados”.⁴⁸ Bodnar asegura incluso, para el caso norteamericano, que “la memoria pública emerge

⁴¹ Gérard Namer, *Mémoire et Société* (Paris: Meridiens Klincksieck, 1987), 177-182. Krzysztof Pomian, *Sobre la historia* (Madrid: Cátedra, 2007), 26.

⁴² María Bolaños (ed.), *La memoria del mundo. Cien años de museología (1900-2000)* (Gijón: Trea, 2002).

⁴³ Paul Simionescu y Hubert Radiou, “Rumanía. Cómo narra la historia el Museo Nacional de Bucarest”, en *En el Este*, 213-227.

⁴⁴ Rana Mitter, “La massacre de Nankin. Mémoire et oubli en Chine et au Japon”, *Vingtième Siècle*, 94 (2007): 11-23.

⁴⁵ Alejandro Baer, *Holocausto. Recuerdo y representación* (Buenos Aires: Losada, 2006), 225-226.

⁴⁶ Régine Robin, “Literatura y biografía”, *Historia y Fuente Oral*, 1 (1990): 73-77.

⁴⁷ Pierre Nora, “L’ère de la commémoration”, en *Les Lieux de Mémoire*, vol. 3, 4710.

⁴⁸ Henry Rousso, “La memoria de Vichy o la ilusión de la excepción francesa (1980-2000)”, en *Guerra civil. Mito y memoria*, ed. Julio Aróstegui y François Godicheau (Madrid: Marcial Pons, 2006), 322.

de la intersección de las expresiones culturales oficiales y vernáculas”; es decir, entre los discursos y narrativas generados y difundidos desde arriba y los procedentes de la “sociedad civil”.⁴⁹

Las memorias nacionales, públicas y “oficiales”, llevan hasta sus máximos extremos la tendencia de todas las memorias colectivas a eliminar los elementos incómodos o que cuestionen significativamente la aparente coherencia de las narrativas dominantes sobre el pasado. Por ello, los franceses han eludido habitualmente cualquier alusión a matanzas coloniales o mantuvieron un denso velo de silencio sobre excesos y torturas en la guerra de Argelia, que ponían seriamente en cuestión la ética republicana de la que frecuentemente han blasonado. Eso no significa que se eviten necesariamente las referencias a episodios trágicos o derrotas, que en ese caso pueden ser integrados en términos victimistas o presentados como preludeo o punto de arranque de la regeneración o la recuperación nacional.⁵⁰

Por la misma razón, los japoneses han silenciado o negado episodios tan poco presentables como la utilización de mujeres chinas y coreanas en calidad de prostitutas al servicio de su ejército de ocupación en China; conquista que los *revisionistas* nipones no consideran una agresión en sentido estricto, sino progresos o avances dentro de una política a la que niegan pretensiones imperialistas.⁵¹ Por su parte los italianos han difundido la figura del soldado de su país con talante humanitario frente al “alemán malvado” en la Segunda Guerra mundial, mito que incluso llega a encajar (o al menos a no disonar) en la narración hegemónica del antifascismo como expresión casi unánime de la nación; y, por supuesto, no falta tampoco la imagen del “buen colonialismo” en África, a despecho de la sangrante realidad de episodios como los de Libia o Etiopía.⁵² La República Federal Alemana tuvo que gestionar una herencia particularmente incómoda y lo hizo con una mezcla de olvidos intencionados (recuérdese aquel “¿Hitler, qué Hitler?” del personaje de Billy Wilder en la película *Un, dos, tres*), silencios significativos, elusiones u otras estrategias de exculpación; la nueva Alemania unificada optó, finalmente, por un reconfortante victimismo, recordando los muertos de los bombardeos aliados en Dresde y otras ciudades o las violencia del Ejército Rojo, presentándose como un país sufriente a causa de “los dos totalitarismos”.⁵³

⁴⁹ Veáse John Bodnar, *Remaking America, passim*.

⁵⁰ Raoult Girardet. *L'idée coloniale en France de 1871 à 1962* (Paris: La Table Ronde, 1995), 403-413 y otras. Sophie Dulucq y Colette Zytnicki, “Penser le passé colonial français. Entre perspectives historiographiques et résurgences des mémoires”, *Vingtième Siècle*, 86 (2005): 59-69. Jean de la Guévière, *Les fous d'Afrique. Histoire d'une passion française* (Paris: Seuil, 2001), 179-201. Bernard Mouralis, *République et Colonies. Entre histoire et mémoire: la République française et l'Afrique* (Paris: Presence Africaine, 1999). Benjamin Stora, *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie* (Paris: La Découverte, 1992).

⁵¹ Jordan Sand, “Historians and Public Memory in Japan. The ‘Comfort Women’ Controversy”, *History and Memory*, 11, 2 (1999): 15-128.

⁵² Filippo Focardi, “El debate sobre la resistencia en Italia. Legitimación política y memoria histórica de la Primera a la Segunda República”, en *El Estado y la memoria*, 249-250. Angelo Del Boca, *L'Africa nella coscienza degli italiani. Miti, memoria, errori, sconfitte* (Milán: Mondadori, 2002).

⁵³ Charles S. Maier, *The Unmasterable Past. History, Holocaust and German National Identity* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988). Peter Reichel, *L'Allemagne et sa mémoire* (Paris: Odile Jacob, 1998). Régine Robin, *I fantasmi della storia. Il passato europeo e le trappole della memoria* (Verona: Ombre Corte, 2005). Régine Robin, “El nuevo devenir victimario de Alemania”, en *El Estado y la memoria*, 211-248.

Estados Unidos ha cultivado como pocos una *buena conciencia* nacional, que hace que la mayoría de los norteamericanos considere, por ejemplo, que su política exterior se basa menos en la búsqueda de intereses egoístas que en la propagación de valores universales. Así se ha generado una amplia mitología sobre su carácter de “pueblo elegido”, las virtudes excelsas de los “padres fundadores”, la epopeya de la conquista del Oeste (que evidenciaría amor a la libertad y capacidad “empresarial”), la actuación altruista en las dos guerras mundiales o la defensa permanente de la libertad y la democracia en el exterior. Ciertamente que, a despecho de trabas, cortapisas e incluso derivas represivas (como ocurrió con el maccarthismo), también han surgido visiones internas críticas más o menos agudas, en el cine y la literatura, e incluso dentro de la propia Historia, como el conocido ensayo de Howard Zinn reinterpretando la historia estadounidense desde la óptica de las minorías y los “perdedores”. Pero estas posiciones contestatarias o heterodoxas no impiden que, como sucede en otros sistemas pluralistas, la resultante final, próxima al relato oficial, se derive más de posiciones *hegemónicas* que excluyentes. Por eso, pueden perfectamente tolerarse perspectivas minoritarias o marginales como la de Zinn o de un cierto cine crítico, si bien las alarmas saltan cuando estos mensajes pueden llegar a sectores más amplios o divulgarse más allá de ámbitos académicos o círculos culturales restringidos. Las polémicas sobre la enseñanza de la década de 1990 – ya mencionadas – o, por los mismos años, los crispados debates acerca de exposiciones en torno al Oeste y el trato a los indios, o en torno al lanzamiento de la primera bomba atómica en Hiroshima, generaron fuertes presiones e incluso – en el segundo caso – iniciativas *ad hoc* en el mismísimo Senado, que exhortó a los expositores a no “impugnar la memoria de quienes dieron sus vidas por la libertad”.⁵⁴

Memorias como conflicto

Al igual que otros tipos de memorias colectivas pero quizás en mayor medida, las nacionales tienden a excluir o silenciar otros relatos parciales o alternativos. A modo de ejemplo, la oficialización del mito unanímista y fundacional de la Resistencia en Francia o en Italia después de la Segunda Guerra mundial terminó por opacar o alejar del espacio público a otras visiones del pasado: en Francia, sobre todo, a la memoria del régimen de Vichy, y en Italia, a la filo-fascista, pero también a muchas memorias locales o la propia imagen izquierdista del antifascismo como *rivoluzione mancata*. En España, la memoria de la Guerra Civil como *cruzada* se sobrepuso violenta y excluyentemente a la memoria (clandestina) republicana. Pero estos casos demuestran, a la vez, que los cambios políticos o sociales provocan o requieren reajustes y transformaciones en las viejas narrativas, o bien la emergencia de memorias soterradas, olvidadas o postergadas. En Francia, el “retorno de lo reprimido” supuso, desde la década de 1970, la reubicación de Vichy en el debate público, mientras que en Italia la crisis del régimen y la *revisión* del antifascismo desde los años ochenta conllevó reinterpretaciones (en términos de análisis histórico, pero también de difusión social) del pasado fascista y una cierta resurgencia de memorias locales poco acordes con la versión oficial. En España desde los años sesenta, la pérdida de credibilidad de la

⁵⁴ Russell Banks, *Soñando América* (Barcelona: Bruguera, 2008). Robert Bellah y otros, *Hábitos del corazón*. Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos (Desde 1492 hasta hoy)* (Hondarribia: Hiru, 2005). Juan Aranzadi, *El escudo de Arquíloco. Sobre Mesías, mártires y terroristas* (Madrid: A. Machado Libros, 2001), vol. 2, 295-323. Régine Robin, *La mémoire saturée* (Paris: Stock, 2003), 61-77 y 175-177.

“memoria de confrontación” impulsada por el régimen (que retrataba la guerra como una cruzada frente a la anti-España) llegó a generar una inflexión en el discurso oficial, orientada hacia una cierta y peculiar narrativa de la “reconciliación”.⁵⁵

La capacidad para imponer un relato del pasado desde arriba varía, obviamente, en función de la consistencia y el grado de legitimación y aceptación social del sistema político establecido. También de su capacidad de maniobra y actualización-adaptación de la visión del pasado que se pretende difundir. Los nacionalismos sin Estado o los que han logrado construirlo en un contexto hostil o difícil, por ejemplo el sionismo o el de los *afrikaners* en Sudáfrica, son tal vez potencialmente más mitógenos, ya que una identidad fuerte y cohesionada constituye, en estos casos, una garantía de supervivencia; la legitimidad del origen refuerza imprescindiblemente o viene a sustituir (si se trata de “naciones sin Estado” o sin poder de gestión) a la legitimidad de ejercicio.⁵⁶

En cuanto a las naciones-Estado occidentales, Francia goza fama de ser una de las más potentes en términos identitarios, lo que implica también mayor capacidad para imponer un discurso compartido sobre el pasado. Pierre Nora subraya esta cualidad, hablando de una auténtica “nación estado-céntrica” y una “nación-memoria”, mientras Philippe Joutard alude, en relación con esta capacidad del Estado francés, al fracaso de las memorias subestatales alternativas y la endeblez relativa de las complementarias (partidarias, sociales, regionales). Ello no excluye las inevitables batallas por la memoria, trasunto de conflictos político-sociales del país.⁵⁷ Pero no todos los Estados-nación poseen esa fuerza integradora. Seguramente las debilidades del Estado español ayuda a explicar el impacto de los relatos de identidad alternativos.⁵⁸ Flaqueza aún más perceptible en Estados construidos sobre la base de la descolonización, la persistencia

⁵⁵ Sobre Francia, Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy*; Eric Conan y Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas* (Paris: Fayard, 1994); Jean Pierre Azéma y François Bédarida, dirs., *Le régime de Vichy et les français* (Paris: Fayard, 1992). Para Italia, entre otros, Filippo Focardi, *La guerra della memoria. La resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi* (Roma: Laterza, 2005); Filippo Focardi, “El debate sobre la resistencia”; Sergio Luzzatto, *La crisis dell’antifascismo* (Torino: Giulio Einaudi, 2004); Claudio Natoli, “El fascismo y el antifascismo en la historiografía y en la esfera pública de la Italia republicana”, *Historia del Presente*, 6 (2005): 153-168. Sobre España, Paloma Aguilar Fernández, *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada* (Madrid: Alianza, 2008); Julio Aróstegui Sánchez, “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil”, en *Guerra civil. Mito y memoria*, 57-92; o Walther Bernecker y Sören Brinkmann, *Memorias divididas. Guerra civil y Franquismo en la sociedad y en la política españolas 1936-2008* (Madrid: Abada, 2009). Consideraciones sobre estos casos, en Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 203-220, 307-317 y 345-369.

⁵⁶ Sobre mitología histórica de los boers y su difusión en la enseñanza, algunas observaciones en Marc Ferro, *Cómo se cuenta la historia*, 35-60. Mitos del movimiento sionista y el Estado de Israel, en Jael Zerubabael, “The Historic, the Legendary and the Incredible: Invented Tradition and Collective Memory in Israel”, en *Commemorations. The Politics of National Identity*, ed. J. R. Gillis (Princeton: Princeton University Press, 1994), 105-123; Virginia Tilley, *Palestina / Israel. Un país, un Estado* (Madrid: Akal, 2007); Norman G. Finkelstein, *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí* (Madrid: Akal, 2003); Idith Zertal, *La nación y la muerte. La Shoá en el discurso y la política de Israel* (Madrid: Gredos, 2009).

⁵⁷ Pierre Nora, “La nation-mémoire”, en *Les Lieux de Mémoire*, vol. 2, 2207-2216. Philippe Joutard, “Une passion française: l’histoire”, en *Histoire de la France. Choix culturels et mémoire*, ed. André Burguière (Paris: Seuil, 2000), 354-373. A. Grosser, *Le crime et la mémoire* (Paris: Flammarion, 1989), 135.

⁵⁸ Algunas referencias sobre esos relatos alternativos, en Gonzalo Pasamar, “Las ‘historias de España’ a lo largo del siglo XX: las transformaciones de un género clásico”, en *La construcción de las Historias*, 299-381. O Aurora Rivière Gómez, “Envejecimiento del presente y dramatización del pasado: una aproximación a las síntesis históricas de las comunidades autónomas españolas (1975-1995)”, en *La gestión de la memoria*, 161-219.

de una intensa fragmentación local y una potente cultura de transmisión oral, como es el caso de Túnez.⁵⁹

Los conflictos por la memoria suelen desencadenarse con frecuencia – más allá de la intensidad que alcancen – dentro del propio país, frente a identidades subestatales, o por las diferencias de interpretación del pasado derivadas de las distintas ideologías o estrategias políticas presentes. Nunca o casi nunca están ausentes de los combates políticos, las fracturas culturales profundas o las luchas de clases. Pero también se generan entre diversas naciones o naciones-Estado. La historia se convierte entonces en arma arrojada para la afirmación propia contra el enemigo externo.

La memoria francesa de episodios traumáticos, por citar un ejemplo significativo, se ha ido construyendo en gran medida frente a la *agresión* alemana. Ese carácter anti-germánico, cristalizado en el nacionalismo francés después de 1871, se reafirmó tras la Gran Guerra, con su larga estela memorial.⁶⁰ El conflicto de 1914-1918 dejó en la sociedad francesa una profunda huella. Tras la Segunda Guerra mundial, el general De Gaulle, en pugna con los comunistas para hegemonizar la memoria nacional, manifestaría incluso su preferencia por celebrar el 11 de noviembre (evocando el armisticio de 1918) frente al 8 de mayo (día de la “liberación” en 1945). La lectura histórica gaullista era evidente: antes que una guerra de carácter ideológico, la Resistencia debía ser vista como una defensa de la “Francia eterna” contra su secular enemigo, Alemania, punto final de la nueva “Guerra de Treinta Años” que acababa de asolar Europa.⁶¹

Una mezcla de nacionalismo de tintes revanchistas y de intencionalidad ideológica anticomunista puede percibirse en la conmemoración en Italia de las *foibe*, cuevas o grietas del terreno de Istria donde fueron arrojados varios miles de italianos por los partisanos yugoslavos, a lo que se añadió la expulsión masiva de unos 250.000 personas tras la guerra. Exhibiendo un curioso papel de víctimas (olvidando por ejemplo las violencias de las tropas fascistas en la zona), el parlamento italiano aprobó en 2004 celebrar anualmente el episodio, fijando la fecha, para reforzar el ingrediente irredentista, el 10 de febrero, que evoca el día de 1947 en que el tratado de paz cedía Istria a Yugoslavia.⁶²

En algunos casos, la pugna por el pasado se incardina en la geopolítica del dominio por la influencia en una determinada área, como sucede en las ya mencionadas controversias entre China y Japón a propósito de la Segunda Guerra mundial.⁶³ A veces se trata de un pueblo que niega a su competidor por un territorio histórico, como en el caso de Israel con los palestinos o, dicho de otro modo, de una identidad nacional en proceso de construcción (como la judía) que genera con su negación del otro (“un pueblo sin tierra para una tierra sin pueblo”) la emergencia de una identidad simétrica y

⁵⁹ Jocelyne Dakhlia, “De África a Francia, ida y vuelta: ¿una especificidad francesa de la memoria?”, *Ayer*, 32 (1998): 69-79.

⁶⁰ Véase el interesante y ya clásico trabajo de Antonie Prost, *Les Anciens Combattants et la Société Française, 1914-1939* (Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1977), 3 vols.

⁶¹ Gérard Namer, *La commémoration en France, de 1945 à nos jours* (Paris: L'Harmattan, 1987). Jean-Pierre Azéma Y François Bédarida (dirs.), *Le régime de Vichy et les français* (Paris: Fayard, 1992).

⁶² Francisco Erice, “En torno a la crisis del antifascismo: Entre la historia, la memoria y la razón política”, *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2011): 97.

⁶³ Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 301-305.

hostil.⁶⁴ Otro ejemplo nos lo suministran las batallas por la memoria en el espacio post-soviético y el Este de Europa, donde los cambios políticos han conducido a una fuerte pugna por la reinterpretación del pasado, que afecta a acontecimientos concretos como el pacto germano-soviético, pero también a cuestiones más generales como la conceptualización de los regímenes nacionalista-conservadores y pro-fascistas de la preguerra y, por supuesto, al devenir de estos países bajo el *socialismo real*.⁶⁵

En todo ello, se evidencia una vez más que la memoria, construida teóricamente sobre la evocación del pasado, es también y sobre todo una herramienta de lucha en el presente y un arma cargada – para bien o para mal – de futuro.

Profile

Francisco Erice Sebares es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Oviedo (España), miembro del Grupo de Investigación de Historia Sociocultural de dicha universidad y coordinador de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (Madrid). Es también autor del libro *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva* (Oviedo, Eikasía, 2009), entre otras publicaciones sobre el concepto de memoria colectiva, sus dimensiones académicas y políticas y los conflictos por la memoria de nuestro tiempo.

Francisco Erice Sebares is Professor of Contemporary History at the University of Oviedo (Spain) and member of the Research Group of Sociocultural History at this University. He also coordinates the History Section of the Fundación de Investigaciones Marxistas (Madrid, Spain). He is also the author of the book *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva* (Oviedo, Eikasía, 2009), among other publications on the concept of collective memory, its academic aspects and political dimensions, and the conflicts of memory in current times.

Fecha de recepción: 7 de octubre de 2014.

Fecha de aceptación: 1 de diciembre de 2014.

⁶⁴ Pierre Vidal-Naquet, *Les Juifs, la mémoire et le présent* (Paris: La Découverte, 1991), 140, subraya la fuerza de la identidad nacional en Israel: “difícilmente se imagina un pueblo más integrado que el de Israel, más persuadido de estar enraizado en su tierra, más seguro de que tiene razón sobre todos los puntos esenciales y los otros se equivocan”; incluso, añade, los más críticos aseguran que “el hecho de que seamos un pueblo opresor no impide que seamos un pueblo”. Sobre mitos israelíes de derecho a la tierra y su negación a la población árabe, Nur Mashala, *Israel: teorías de la expansión territorial* (Barcelona: Bellaterra, 2002). Sobre identidad palestina, Jihane Sfeir-Khayat, “Historiographie palestinienne. La construction d’une identité nationale”, *Annales ESC*, 1 (2005): 35-52; José Abu-Tarbush, *La cuestión palestina. Identidad nacional y acción colectiva* (Madrid: Eurolex, 1997).

⁶⁵ Francisco Erice, *Guerras de la memoria*, 233-238. Emmanuel Droit, “Le Goulag contre la Shoah. Mémoires officielles et cultures mémoires dans l’Europe élargie”, *Vingtième Siècle*, 94 (2007) : 101-120. Henry Rousso (dir.), *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparées* (Bruselas: Complexe, 1999).

Fecha de publicación: 31 de diciembre de 2014.

Para citar este artículo: Francisco Erice Sebares, “Las memorias nacionales: conflictos y límites”, *Historiografías*, 8 (julio-diciembre, 2014): pp. 10-27.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/8/erice.pdf>